

«IN MEMCRIAM» DE MAX THURIAN (1921-1996)

I. LA NOTICIA DE LA MUERTE Y LA ACCIÓN DE LA MEMORIA

Mediaba el mes, cuando en plena canícula agostiza saltaba la noticia a los teletipos: el teólogo de Taizé moría por las mismas fechas en que había nacido. Max Thurian abandonaba para siempre los foros ecuménicos. De hecho, después de haber entrado en comunión plena con la Iglesia Católica, se había ido alejando de ellos poco a poco, a caballo entre su retirada a Ginebra y su reclusión en la vida monástica, a cuya restauración entre los protestantes había consagrado su vida. Sólo cortas estancias vacacionales en Nápoles le alejaban de sus escenarios habituales, y le permitían cumplir con su condición de sacerdote encardinado en la diócesis meridional italiana.

Lejano quedaba ya aquel 5 de enero de 1942, cuando, en plena guerra mundial, se citaba con un joven sólo cinco años mayor que él, Roger Schutz, para secundar la aventura religiosa que hoy es la comunidad de Taizé. A los dos jóvenes suizos se les unirían otros dos compañeros y, de 1942 a 1944, esperando que el fin de la guerra les permita habitar la colina de Taizé, programaron la fraternidad ecuménica. El pequeño grupo, que atiende a los refugiados de guerra y comienza a ser frecuentado por jóvenes inquietos, recita el oficio divino en la drásticamente protestante catedral de San Pedro, en la Ginebra de Calvino, la ciudad donde había naci-

do el 16 de agosto de 1921, ciudad símbolo del protestantismo reformado.

II. LA AVENTURA DE TAIZÉ

Nadie podía predecir entonces que de aquella pequeña fraternidad de compromiso y oración, sin otra apoyatura humana que la casa familiar de Roger, saldría Taizé. Hoy la comunidad religiosa borgoñona sirve de orientación cristiana para miles y miles de jóvenes cristianos de Europa y fuera de Europa. Después de la guerra la paz abría el horizonte de esperanza de los monjes de Taizé.

El grupo ecuménico fundado por el P. Couturier y que se reunía en la trapa de Les Dombes, en Lyon, ya conocía el genio teológico del joven suizo Max Thurian. La empatía que existió desde el principio entre Schutz y Couturier abrió aquel foro de diálogo entre católicos, luteranos y reformados al prior y al subprior de Taizé. Comenzaba la marcha ecuménica de las Iglesias no católicas hacia la Asamblea de Amsterdam, que en 1948 sentaría los fundamentos del Consejo Ecuménico de las Iglesias. Llegó después el Vaticano II y los Papas del Concilio recibieron a los dos monjes protestantes, llamados como observadores al aula conciliar.

Si Roger Schutz fue desde el principio el carismático, Max Thurian ha sido la cabeza teológica. Sus libros comenzaron a sorprender uno tras otro, porque Thurian se apropiaba en ellos del caudal histórico del catolicismo, que él reivindicaba ser también patrimonio de los protestantes. Escribió sobre la confesión (1953), matrimonio y celibato (1955), la confirmación (1957); y sobre la Eucaristía, un libro magistral acerca de la Misa como sacrificio (1959). Se sumaba con él a otros grandes investigadores protestantes y católicos, que venían contribuyendo a la convergencia de las doctrinas de los cristianos separados.

Con los sacramentos, Thurian hizo preocupación propia la liturgia. Después, el modo de alcanzar la unidad y la conciliación entre la obediencia protestante a la Palabra divina y la visión sacramental de la salvación, propia de los católicos. En 1962 aparecía la primera edición de su leído libro *Maria, Madre del Señor*. En 1970 su atención se centraba en el ministerio sacerdotal y la tensión entre fidelidad a la Tradición y renovación necesaria. Son 16 títulos, a los que se sumarían un cente-

nar de ensayos artículos, y los nuevos libros católicos sobre Jesús (1988), el Credo de los Apóstoles (1992) y sobre el sacerdocio: *La identidad del sacerdote* (1993). A ellos hay que añadir además los libros litúrgicos de Taizé debidos a su inspiración y pluma y todavía los escritos menores de su etapa católica.

III. DOCTOR POR SALAMANCA

La amistad con que me obsequió, después de que la Facultad de Teología me encargara el padrinazgo de su doctorado *honoris causa*, me permitió conocer su personalidad de un modo cercano. Nos encontrábamos en Ginebra, adonde he tenido que acudir por exigencias del ecumenismo, y también en Roma. Su refugio en Ginebra era *Le Cénacle*, la villa de oración y retiro de los Padres Sacramentinos del Promenade Charles-Martin, en las afueras de la ciudad. Allí acudía Thurian en los últimos años, para pasar la mitad del mes, que alternaba con la otra mitad en Taizé.

La primera vez que acudí a verle en 1988, después de unas sesiones de trabajo en el castillo de Bossey, no sabía yo que habría de volver tantas veces a Ginebra para prolongadas sesiones de diálogo doctrinal con colegas ortodoxos y protestantes.

Thurian estaba acompañado por su fiel secretario, el P. Matthias Richter, sacerdote católico nacido en la báltica y hanseática ciudad alemana de Lübeck, y venido del luteranismo a la Iglesia Católica, monje como él de Taizé. Habíamos consumido la tarde y la lenta agonía de la luz del crepúsculo nos dejaba ya a oscuras. Thurian me aseguraba: «¡Créame, nadie me ha hecho sufrir más que algunos teólogos católicos! Si ellos participan de la plenitud de gracia que llega por los sacramentos de la Iglesia, ¿acaso no tengo yo el mismo derecho que ellos a vivir esa plenitud de gracia? En realidad no me he 'convertido' al catolicismo. He sido siempre 'católico'». Thurian subrayaba el adjetivo que él había querido comprender como nota y cualificación permanente de la *Una sancta*. También se había encontrado entre quienes reivindicaban una «catolicidad evangélica».

La Facultad salmantina decidió agregarle al número de los doctores *honoris causa* en 1987, cuando todavía no era conocida en ella su petición de plena comunión con Roma. Él

nada dijo al respecto cuando le comunicamos la noticia, aunque ya había iniciado el paso al catolicismo. Lo hizo para no perturbar el acontecimiento, que ciertamente le halagaba. Se le honró, pues, por sus méritos como teólogo de tradición reformada, protagonista de una aventura de reconstrucción católica de la fe bien conocida en los ambientes ecuménicos. Meses después, públicamente católico, expuso las razones de su decisión.

IV. LLEGADA AL CATOLICISMO

Había consagrado su vida al ecumenismo, ¿cómo explicar su «conversión» al catolicismo? Su decisión, no por intuición, dejó de impresionar tanto en Taizé como en los foros ecuménicos. ¿No era acaso previsible? Sí, pero no todos la deseaban. En ella había otros «convertidos», pero su caso era especial. Thurian, igual que Schutz, estaba en el origen de la comunidad interconfesional de Taizé. ¿No había que buscar la unidad en la convergencia de las Iglesias, desde la sincera vivencia de la propia confesionalidad cristiana. ¿Acaso no reconocía el mismo Vaticano II verdadera eclesialidad, aunque matizada, a las Iglesias y Comunidades eclesiales protestantes? ¿Acaso la vida en Taizé no estaba ya impregnada de catolicismo sacramental y litúrgico? La decisión no por esperada iba a ser por todos aprobada; y era natural que así fuese. Con todo, los que expresaron su opinión se manifestaron con cuidada actitud de respeto, el mismo que pedían para el monje teólogo a cuantos demandaban explicación o recababan juicios de opinión.

En los años del Concilio, Thurian había conocido al Cardenal Ursi y en Nápoles, la ciudad episcopal del metropolitano italiano, pasaba algunas temporadas. Fueron las celebraciones de Semana Santa las que mayor impresión provocaron en su espíritu *in voto* católico: la unidad del pueblo y del presbiterio entorno al obispo en la Misa crismal y en de la Cena del Señor, del Jueves Santo. En ellas se plasmaba la unidad sacramental de la Iglesia confluendo como proceso dinámico en la mesa eucarística. El Sacramento de la fe se había apoderado de él y lo atraía, en convergente marcha, hacia el centro de la unidad, en paralelo con otras experiencias de conversión y deseo de plena comunión eclesial.

También el joven judío Arón, hoy cardenal arzobispo de París con el nombre de Juan María Lustiger, se había visto

inmerso en su día en la experiencia de la comunión eucarística que le llevó a la fe en Cristo y al sacerdocio después, un Jueves Santo en la catedral de Orleans, ciudad a la que retornaría después como su obispo antes de ser enviado a París por Juan Pablo II. Thurian, sin embargo, insistía últimamente en el parecido de su caso con el del Cardenal inglés John Henri Newman: la investigación de la Tradición de la Iglesia y de los Santos Padres le había ido acrecentando más y más su deseo católico.

V. TEÓLOGO CATÓLICO Y MUERTE EN LA IGLESIA DE ROMA

Thurian ha sido uno de los grandes protagonistas del proyecto ecuménico multieclesial más ambicioso que ha cuajado hasta ahora: el documento aprobado en Lima en 1982, después de un largo recorrido de años, y conocido por sus siglas (BEM): *Bautismo, Eucaristía y Ministerio*. En la Comisión de Fe y Constitución, foro donde se ha elaborado el documento, la Iglesia Católica está en condiciones de igualdad con las otras confesiones cristianas como miembro de pleno derecho desde 1968, año de la IV Asamblea Mundial del Consejo Ecuménico, celebrada en Upsala (Suecia).

Como consultor de dicha Comisión y coordinador de la redacción del texto y editor de las reacciones al mismo (reunidas en varios volúmenes a lo largo de algunos años), Thurian ha dirigido un programa que hubo de abandonar, después de dejarlo prácticamente concluido. Tenía que ser coherente con su paso al catolicismo. Sin embargo, nadie de la Comisión ni de su entorno se manifestó públicamente su incomodidad por la decisión del teólogo suizo. Una vez tomada, algunos de los protestantes que se han opuesto a la *Relación de Lima*, de 1982, por «demasiado romana» han creído ver en el texto ecuménico la mano del Thurian ya católico. Pero la teología sacramental que refleja el texto había sido verdadera obra de convergencia de todas las Iglesias miembros de Fe y Constitución. La marcha atrás era imposible.

Lo de Thurian respondía a una decisión personal que nadie tenía autoridad para impedir ni sojuzgar. El ecumenismo es el arte de combinar la acción de las Iglesias, a la búsqueda de la unidad perdida, con el respeto al camino que han de seguir los cristianos como individuos. Estos últimos sólo

pueden responder ante su conciencia llevada por la acción divina en sus almas.

En la plena comunión de la Iglesia Católica, Juan Pablo II le nombró miembro de la Comisión Teológica Internacional; y su reconocido prestigio y su saber enriquecería las deliberaciones del alto foro. En los últimos años le he visto ocupado en hacer memoria de su trayectoria y en esperarlo todo del poder divino, escéptico ante ciertas actitudes contestatarias y relativizador de ciertas otras actitudes que desde el poder no podrán nunca acallar la vida de la fe. Admirador sin reservas de Juan Pablo II, sufría al ver las incomprensiones de unos y las seguridades de otros. La influencia de su pensamiento teológico sobre la encíclica *Ut Unum Sint* (1995) la atestiguan comentaristas que han seguido de cerca al teólogo suizo.

Particular preocupación era para él el ministerio sacerdotal y la crisis de las vocaciones, que creía no era posible solucionar con «estrategias progresistas», sino mediante la profundización religiosa en la fidelidad al Evangelio y el discernimiento de los tiempos y sus necesidades. En el mencionado libro sobre el sacerdocio de 1993, Thurian destaca la relación que el sacerdocio católico dice a la Eucaristía, y la necesidad de un recentramiento del sacerdote en su propio ministerio y espiritualidad.

Nos ha dejado un legado de sabiduría evangélica y de amor verdadero a la Iglesia. El camino que Max Thurian ha debido recorrer es, sin duda, el de un cristiano fiel al dictado de la conciencia, entregada con pasión a la búsqueda sin tregua de la verdad que, con coherencia plena, no podía rechazar cuando creyó hallarla en la Iglesia con la que quiso tener comunión plena como forma de fidelidad a Cristo. *Tu autem quis es qui iudicas proximum?* (Ja 4,12).

ADOLFO GONZÁLEZ MONTES

*Director del Centro de Estudios Orientales y Ecuménicos «Juan XXIII»
de la Universidad Pontificia de Salamanca.*

Consultor del Pontificio Consejo para la Unidad, del Vaticano.